

# LA DEMOLICIÓN

## 1

“Ciertos tipos de comportamientos de sistemas dinámicos son impredecibles. Un sistema estable tiende a lo largo del tiempo a un punto u órbita (atractor) según su dimensión. Un sistema inestable se escapa de los atractores. Y un sistema caótico manifiesta los dos comportamientos.”

*Teoría del caos*

## 2

Había acontecimientos cotidianos que lo irritaban en exceso. Que una botella no tuviese su tapón o un bolígrafo hubiese perdido su funda, por ejemplo, lo sacaban de quicio. Contemplar alguno de ellos lo volvía inquieto, nervioso, y se imaginaba una cuenta atrás para solucionar el problema antes de que el crono llegase a cero. Estaba obsesionado con que cada cosa debía estar en su sitio, por eso observaba continuamente a su alrededor, abriendo y cerrando las palmas de las manos, con eléctricos movimientos de cabeza a un lado y a otro.

Llevaba una vida ordenada hasta el extremo. Fue precisamente esa forma de vida la que le hizo adelantar su emancipación. Mientras que la mayoría de sus amigos, que eran pocos, continuaban en casa de sus padres, él se vio obligado a abandonarla porque convivir con más gente le impedía su correcta distribución del mundo. A pesar de ello, no era un tipo desagradable, de hecho, era un gran conversador. Para él, mantener una charla con alguien, disponer meticulosamente las palabras una detrás de otra para elaborar un discurso, era como el que agrupa los cubiertos después de fregarlos para meterlos en el cajón, apenas le costaba algún esfuerzo: cuchi-

llos, tenedores, cucharillas de café y cucharas... , planteamiento, nudo, un inciso anecdótico y desenlace. Escucharlo daba tranquilidad. Podías estar hablando del tiempo en un ascensor pero por su manera de pronunciar y elegir las palabras parecía que estuviese dando una conferencia sobre el cambio climático.

Del mismo modo, su aspecto tampoco era descuidado. Algunas marcas oscuras en las mejillas, herencia del acné adolescente, era la única falta que se le podía poner. En todo lo demás, impecable. Llevaba la raya a un lado y tenía la cabeza bien poblada de grueso pelo negro sin una cana a pesar de haber pasado ya la treintena. Sus ojos, detrás de los cristales de unas enormes gafas cuadradas, parecían pequeños y ligeramente achinados, lo que acentuaba su carácter calculador. Pantalón, camisa, zapatos y chaqueta de lana... Si no fuera porque había engordado algo desde que vivía solo, se podría pensar que vestía las mismas prendas que en la facultad. Lo que estaba claro es que se compraba más de una del mismo modelo. Tenía la misma chaqueta azul desde hacía unos quince años. Probablemente fueran cuatro o cinco.

Tampoco tenía problemas de dinero. Su familia se había enriquecido con una empresa de artículos de regalo que montaron entre su padre y su hermano mayor, además de poseer varios solares en lugares estratégicos que, con el boom inmobiliario, les había solucionado la vida a varias generaciones. Nunca le habían pedido ayuda con el negocio pero es que tampoco los veía muy a menudo. Cuando decidió contarle a su familia que se iba a vivir solo, la noticia fue recibida casi con alivio, como si lo hubiesen estado esperando hacía tiempo. A la mañana siguiente, hizo el equipaje y, en tres viajes estaba totalmente instalado en su nueva casa. Un estudio de apenas sesenta metros a unos cincuenta minutos de casa de sus padres. Un espacio ideal para que una persona sola pudiese controlar todo lo que ocurriese dentro y, por otra parte, la distancia justa para no tener que saludarlos a menudo y poder visitarlos en caso de emergencia.

3

Entró en la cafetería como el que se hubiese dejado algo, rascándose la cabeza y mirando a un lado y a otro caminando entre la gente que llenaba el local. Después de deambular entre las mesas un buen rato, se dirigió hacia donde me encontraba. No estaba seguro de que me hubiera visto porque no llevaba las gafas y solo cuando lo tuve a un metro de distancia me percaté de su aspecto. Iba despeinado, con unos vaqueros raídos y un faldón de la camisa por fuera del pantalón. Creo que desde que lo conocía jamás lo había visto tan desmejorado. Se sentó casi sin mirar la silla y me estrechó la mano casi sin mirarme a mí.

– ¿Qué te pasa? Parece que te hubiera atropellado un autobús. ¿Estás bien?

– Sí, sí, si me encuentro bien – se apresuró a decir – me encuentro bien pero no sé, me encuentro raro; me encuentro como... raro.

Pensé que además del peine había perdido también el don de la palabra. Le dije que se tranquilizara y me acerqué a la barra para pedir algo de beber. Una cerveza para mí y una botella de agua para él. Entonces pasó algo muy curioso: cuando le entregué el botellín de agua, lo abrió y, después de beber, dejó el tapón encima de la mesa. Me esperé un tiempo prudencial y le dije:

– A ti te pasa algo. Y algo grave. ¿No has visto lo que has hecho?

– ¿El qué?

– ¿Qué hay de ese tapón? ¿Qué pasa con la famosa multitud de microorganismos que pululan a sus anchas en el aire y que basta con unos segundos para que contaminen el agua? ¿Ya no hay cuenta atrás? Si ni siquiera la has olido antes de beber...

– No sé, no sé a qué te refieres –dijo. Y volvió a rascarse la cabeza.

– La verdad –le dije– porque te tengo delante pero me cuesta trabajo pensar que realmente eres tú. Mírate. Mira la camisa. Tú nunca has ido tan... asimétrico.

No pude acabar de decirlo. Se levantó de la silla y, mirándome fijamente a los ojos, se metió el faldón de la camisa por dentro del pantalón. Acto seguido abandonó el local dando empujones a la gente y dejándome con la palabra en la boca.

No supe de él en una semana hasta que llegó la carta. No traía remite ni dirección. La encontré en el buzón entre facturas y propaganda, supe inmediatamente que era de él porque en una esquina aparecía “Regalos Galmán”, el logotipo de la empresa de su padre. Siempre utilizaba aquellos sobres. Subí hasta mi casa, colgué el abrigo en la percha, dejé el correo encima de la mesa y fui hasta la cocina. Mientras hacía conjeturas sobre el contenido de la carta, me preparé un vaso de leche, apagué el teléfono móvil, me senté en el sofá y, cuando supe que todo estaba dispuesto y nada podría distraerme de la lectura, abrí el sobre y leí la carta.

#### 4

“Por un lado, existe un atractor por el que el sistema se ve atraído, pero a la vez, hay fuerzas que lo alejan de éste.”

*Teoría del caos*

#### 5

*Perdona por abandonar la cafetería el otro día de esa manera. Tuve que hacerlo. He preferido esta forma de contarte lo que ha pasado porque últimamente me cuesta un poco expresarme oralmente, creo que el otro día pudiste darte cuenta.*

*Hace dos semanas, cuando estaba planeando aquel viaje a la India que te comenté, recibí una llamada. Era de mi madre y me contaba que tenía que hacerle un favor. Al parecer, la casa que teníamos en el campo, la de la parcela donde celebré mi cumpleaños el año pasado, supongo que te acordarás, iba a ser derruida ese mismo fin de semana. La empresa de mi padre no funciona todo lo bien que les iba antes pero tampoco creo que les haga falta dinero, el caso es que decidió vender esa casa y toda la parcela a una promotora para construir una urbanización. El problema estaba en que nadie de mi familia podría estar el día de la demolición y era necesario que alguien firmase no sé qué papeles. La casa estaba totalmente amueblada pero me dijo que no merecía la pena hacer la mudanza de aquellos trastos viejos. Era mejor que todo quedase bajo los escombros. Casi era un favor que la demolición nos iba a hacer. Yo le dije que no se preocupase, que me encargaría de firmar los papeles que hicieran falta. Qué otra cosa podría haberle dicho.*

*Como los obreros llegaban a las cinco de la mañana del sábado, decidí irme a pasar la noche del viernes en la casa. Salí en coche, justo después de comer, porque quería llegar con tiempo para ordenarlo todo un poco y poder conciliar el sueño. Ya sabes que me cuesta dormir si recuerdo que hay algo que está sucio o fuera de su lugar. Aparqué el coche fuera de la valla (así no tendría que moverlo al día siguiente) y entré en la casa. Una nube de polvo se levantó ante mí cuando abrí la puerta. Me quedé un instante en el umbral, parecía como si al irrumpir la luz en aquella casa un ejército de motas hubiese cobrado vida de repente y un manotazo de aire rancio me golpease en la cara.*

En ese instante paré de leer. Le di un sorbo al vaso de leche y encendí un cigarrillo. Realmente me desconcertaba el contenido de esa carta, pero no continué hasta que hube acabado de fumar para dejar que la intriga creciese un poco más dentro de mí.

*Cuando vi todo lo que había allí metido supe que mis padres se habían equivocado cuando decidieron no hacer mudanza. Cuadros, muebles, electrodomésticos, objetos de decoración... Creo que algo se podría haber sacado por ellos pero ya sabes cómo son.*

*No sé si recuerdas la casa. Una vez que atravesabas el pequeño pasillo que hacía de entrada llegabas a un salón enorme con una mesa rectangular en el centro, dos armarios, uno en la pared del fondo y otro a la derecha, decorados con figuritas de todo tipo recuerdos de bodas y un baúl en la parte izquierda lleno de libros, casi todas novelas cortas con las páginas amarillentas por el paso del tiempo: Busco marido, Te acepto como eres, Querido profesor, La amante de mi amigo... Todas de Corín Tellado. Desde el salón se accedía al resto de estancias: dos dormitorios, un pequeño cuarto de baño, un ropero y una salita que daba a la cocina y a un patio exterior. En la cocina había un pequeño armario empotrado que hacía las veces de despensa. Di una vuelta por todas las habitaciones y fui hasta la cocina para ver qué podría encontrar de productos de limpieza. Me fue suficiente con una botella de lejía y otra que contenía un líquido azul y en su etiqueta, un tanto descolorida, todavía se podía leer: limpieza multiusos.*

*Era preciso hacer un plan de actuación por eso me senté a la mesa de la salita para idear el mejor itinerario. Lo mejor sería comenzar por la cocina, despensa y luego ir limpiando cada una de las habitaciones para acabar en el salón. Saqué toda la vajilla y cubertería del mueble y llené el fregadero con agua y lejía. Fregué concienzudamente creo que un total de cuarenta platos. Para cuando hube acabado con la cubertería ya eran las siete de la tarde. Una vez que todo estuvo seco y dispuesto en su lugar, limpié los muebles y fregué el suelo.*

*En los dormitorios y el cuarto de baño no empleé mucho tiempo. Sí en el salón porque las figuras de los armarios complicaban la limpieza de los estantes. En cualquier caso, cuando todo estuvo limpio no eran más de las once y no tenía muchas ganas de cenar así que me entretuve en ordenar por fecha de publicación las novelas del baúl. Decidí indultar la última y la primera de ellas para que no quedaran bajo los escombros.*

*Sólo cuando coloqué el último ejemplar me di cuenta de lo cansado que estaba; comparable, por otro lado, a la sensación de tranquilidad y sosiego que me proporcionaba el saber que toda la casa estaba impecable. Me di una du-*

*cha y calenté en el microondas unas albóndigas en salsa que había traído de casa. Fue entonces, cuando estaba delante del plato sentado a la mesa cuando ocurrió.*

*Pinché una de las albóndigas y cuando me la llevaba a la boca, se escurrió del tenedor y fue a parar al suelo inmaculado de la cocina. La casa estaba totalmente en silencio, por eso su sonido se amplificó en mi cabeza como si alguien hubiese tirado un cubo de agua desde un décimo piso. ¡Chofff! En ese momento recordé que en unas horas un equipo de demolición llegaría para aniquilar todo el orden que yo había creado durante la tarde, y entonces sentí una irrefrenable necesidad de aplastar aquella albóndiga con la suela de mi zapato. A pesar de imaginar un sonido desagradable o una sensación de asco por sentir la carne apelmazarse bajo mis pies, no ocurrió nada de eso. Al contrario: sentí placer.*

*Por eso cogí el plato con el resto de albóndigas en salsa que quedaba y lo arrojé contra la pared de la cocina, dejándome trozos de carne en la cara y la ropa. El placer se multiplicó. Nunca había experimentado nada parecido. Era como dar rienda suelta a un deseo de destrucción que había crecido en mi interior y, sin embargo, se venía frustrando desde hacía tiempo.*

*No me preguntes por qué pero sentí el impulso de quitarme toda la ropa. A punto estuve de resbalar con los trozos de carne esparcidos por el suelo de la cocina. Entonces empecé a deambular por la casa destruyendo todo lo que veía a mi paso. Fui hasta el salón y empujé uno de los armarios hasta que cayó al suelo, haciendo un ruido sobrecogedor, destrocé cuadros, arranqué el papel de las paredes, volqué la mesa, tiré las sillas, incluso arranqué las puertas de sus marcos. Creo que en ningún momento tuve exacta conciencia de lo que hacía, en ningún momento me detuve a reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo, a verme desde fuera, ni siquiera cuando utilicé el baúl como cuarto de baño.*

*Me pasé toda la noche destrozando la casa con tanta dedicación que el sonido del timbre me sorprendió cuando ya casi estaba amaneciendo. Fui rápidamente a por mi ropa que la había dejado en la cocina. Me vestí, recogí*

*las dos novelas que había retirado del baúl, abrí la puerta, firmé los papeles y abandoné aquel lugar para siempre.*

*Cuando llegué a mi casa fui directamente hacia el dormitorio. A pesar de no haber dormido y del esfuerzo que supuso la destrucción de la casa, no estaba especialmente cansado. La sensación de placer de hacía unas horas se había vuelto tranquilidad, quietud por la vuelta a la calma, ni se me pasó por la cabeza romper algo de lo que había en mi casa.*

*Entonces me metí en la cama, intentado olvidar todo lo que había ocurrido aquella noche y abrí una de las novelas que había rescatado para intentar evadirme. Cuando llevaba unas diez o doce páginas y la ficción novelesca me había ganado casi por completo, me di cuenta de las bolas de papel encima de mi cama. Sin darme cuenta, había ido arrancando y arrugando cada una de las páginas que iba leyendo.*

*Ahora sé que algo ha cambiado definitivamente, que no soy el mismo desde aquella noche y tengo que realizar esfuerzos mentales titánicos para mantener el orden. Por eso salí tan rápido el otro día de la cafetería y por eso apenas salgo de casa porque no sé cómo voy a reaccionar ante algunas situaciones. Todo empieza con el recuerdo del chof de la albóndiga contra el suelo, siento la necesidad de destruir algo y salgo corriendo para no montar una escena.*

*Me llevará algún tiempo pero te llamaré cuando vea que estoy algo más recuperado o, al menos, cuando nadie pueda correr peligro.*

*Un abrazo.*

Cuando acabé de leer la carta sentí una enorme compasión por él. Me fumé otro cigarro, apuré el vaso de leche y me fui a la cama. No podía hacerme una idea aproximada de lo que le estaba pasando a mi amigo, intentado mantenerse en equilibrio entre dos fuerzas contrarias: el orden más absoluto que había dominado toda su vida y el caos más destructivo que se había apoderado de él.

Apoyé la cabeza en la almohada e intenté conciliar el sueño. Pero no pude. Tan sólo venían a mi mente las colillas en el cenicero y las manchas blanquecinas de leche en el vaso encima de la mesa de mi salón.